

Los dos Sánchez Vázquez

ANAMARI GOMÍS

Observo la portada del libro de semblanzas y entrevistas editado por Federico Álvarez intitulado *Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días*, publicado por nuestra Facultad en 1995. Se trata de una fotografía de un Sánchez Vázquez muy joven, quizá a su llegada a México, en junio de 1939. Tiene el pelo lacio y espeso. Un mechón le cuelga de lado hasta llegarle a uno de los cristales de las gafas. Descubro una mirada penetrante y tristonera. Aunque no supiera de quién se trata, pensaría que el muchacho de la fotografía es un poeta o un filósofo. Los labios plenos, enmarcados por un rostro de corte muy masculino, casi cincelado, lo sitúan en un presente que no corresponde con los ojos hundidos tras los espejuelos, que parecen ver a la distancia, hacia otro tiempo. Detrás del chico, de unos veintitrés años de edad, se distinguen un par de personajes. Uno parece observarlo y el otro, sin cara, sólo es torso, está muy difuminado. El poeta o filósofo no presta atención a lo que hay detrás de sí. Su visión, acaso, sigue fijada en la vastedad del océano que ha compartido, lo sé, con los poetas Juan Rejano y Pedro Garfias, recluidos en una bodega en lugar de camarote durante quince largos días de viaje en barco rumbo al exilio. La foto, sin embargo, me he enterado después, corresponde a otro momento. Adolfo Sánchez Vázquez se encontraba, en realidad, en el frente de Teruel durante el fragor de la Guerra civil española. De todas maneras pienso en el joven poeta recién desembarcado en México.

Han pasado sesenta y seis años desde que el *Sinaia* ancló en Veracruz, ocupado por muchos de los primeros refugiados españoles a quienes se les abrieron las puertas de nuestro país. Con todo ese tiempo encima, más la mexicanización de las generaciones que nacimos en el exilio y la desaparición de muchos de los exiliados, mis padres, por ejemplo,

aquella diáspora parecería un momento histórico ya congelado, del que sólo se enteran los jóvenes en los libros. Pero resulta que los destierros son siempre muy amargos, pertenecen a los grandes temas de la historia y su eco reverbera. La dispersión de una comunidad, ya sea por razones políticas, religiosas o étnicas se recuerda durante siglos, así lo quiero creer. Después de todo, el terror a la expulsión anida en nuestro inconsciente colectivo. Entre los muchos ocupantes del *Sinaia*, estaba el joven extraordinario de la foto, Adolfo Sánchez Vázquez, que dotaría al exilio, tras su experiencia personal, de dimensiones reflexivas y literarias.

No era para menos la necesidad de cavilar sobre la hecatombe. El exilio español de finales de los treinta nació de la derrota militar de un gobierno legalmente constituido. A la República Española la embistieron Franco y sus moros pagados y la complicidad de dos potencias fascistas de aquella época: la alemana y la italiana que apoyaban a los insurrectos. Tanto Mussolini como Hitler probaron en España las armas que habrían de utilizar más tarde, cuando se desató la Segunda Guerra Mundial. Utilizaron al país en el que luchaban hermanos contra hermanos como conejillo de Indias. Otro factor igualmente relevante que precipitó la caída del gobierno republicano fue la política de no intervención en el sangriento episodio español por parte de las democracias occidentales. Con los moros que comandaba Franco, las derechas participativas y frenéticas, la ayuda del *Führer* y del *duce*, España y su República quedaron a su suerte. México, la URSS, la romántica brigada Lincoln y otros personajes que se incorporaron a la defensa de los rojos, como André Malraux, auxiliaron como pudieron. No fue suficiente. La España que había surgido como una promesa de la modernidad, la España republicana, sucumbió. Los que se quedaron en ella y pertenecieron a la República padecieron cárcel, como el padre del doctor Sánchez Vázquez, y también tortura, si bien les iba. Los demás salieron masivamente de la península y zarparon algunos hacia la URSS, otros hacia América, no sin antes haber padecido muchos de ellos en los campos de concentración franceses.

Los géneros nobles de la antigüedad entendían el mal padecido por una colectividad como una tragedia y eso es justamente el exilio: una gran desventura, una penalidad de corte trágico. Además, la guerra civil había sido un desencuentro sangriento entre hermanos “y una muerte y

un solo pensamiento/siembra el crimen que torvo se desliza”, escribe Adolfo Sánchez Vázquez, horrorizado ante el despliegue cainita.

A su llegada a México, se publica en Michoacán un libro de poemas suyo que creía perdido: *El pulso ardiendo*, que da cuenta de esa tragedia que se avecinaba poco antes de la guerra civil. El poeta Manuel Altolaguirre había salvado el poemario. Antes, todavía durante el embate bélico, el joven Adolfo publicó algunos poemas que luego serían recopilados en el *Romancero general de la guerra de España* (Valencia, 1937). Es decir, que la vocación literaria venía de tiempo atrás, cuando se matricula en filosofía y literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, donde acude a las tertulias literarias y se hace amigo de Miguel Hernández, José Herrera Petere y de consagrados como Rafael Alberti, Ramón J. Sender y Pablo Neruda. Un mundo de barruntos y de literatura habita la mente del estudiante, que abandonará la carrera cuando irrumpa la guerra. A partir de ese momento dirigirá publicaciones políticas y participará en la lucha armada. Combatirá en la batalla de Teruel. Luego hará el resto de la guerra en Cataluña hasta que las tropas republicanas se vean obligadas a cruzar la frontera.

Comenzará, entonces, el duro periplo del destierro que lo depositará en México, donde habrá de formar una familia con Aurora Rebolledo, otra exiliada, estudiar filosofía, abocarse al marxismo y doctorarse con un trabajo de donde derivó un libro fundamental, *Filosofía de la praxis*, de 1967.

Si la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid estaba comandada por Ortega y Gasset durante los años treinta, nuestra Facultad, hoy, y la filosofía en México se ven gratamente estructuradas por las ideas del doctor Sánchez Vázquez, por su concepto del arte como forma específica de la praxis, entre otras nociones. Sin el elitismo de Ortega ni sus exigencias, el filósofo nacido en Algeciras en 1915 y avecindado en Málaga durante su primera juventud ha enseñado en México marxismo, explicado la hermenéutica filosófica contemporánea, la condición posmoderna y en conclusión ha dilucidado las cuestiones filosóficas que más interesan en Occidente a principios del nuevo milenio. Pero yo voy a hablar a partir de un escrito cardinal de nuestro filósofo que aborda la cruda naturaleza del exilio.

comprendo que mi vida está fundada
 en no afirmar las plantas en el suelo
 donde tengo la vida transplantada.

Dice así el Adolfo Sánchez Vázquez en el primer terceto de su soneto “La tierra que pisamos”. Es decir que el desterrado vive un vacío al no afirmar las plantas en el suelo de la tierra que lo acoge. Con esto, en un texto intitulado “Del destierro al transtierro”,¹ el filósofo español en México y mexicano en España analiza el neologismo *transterrado* acuñado por su maestro José Gaos: “Desde el primer momento tuve la impresión de no haber dejado la tierra patria por una tierra extranjera, sino más bien de haberme trasladado de una tierra de la patria a otra [...] y queriendo expresar cómo yo no me sentía desterrado [...] se me vino a la mente y a la voz la palabra transterrado”.²

La concepción de Gaos “tiene como premisa, escribe Sánchez Vázquez, una visión ideal o idealizada de la América hispana que no corresponde a su historia ni a su realidad”.³ Algo esencial se le ha escapado, pues, a José Gaos: la alteridad que la América hispana funda con respecto a los indígenas y al mestizaje. La tierra americana no es propia del exiliado, como ya lo dejaron asentado los poetas del exilio: Cernuda, Emilio Prados, Moreno Villa, Pedro Garfias, León Felipe, Díez-Canedo, Domenchina, Juan Rejano y el propio Adolfo Sánchez Vázquez.

tú no descansas, no, con esta suerte
 de muerte enajenada; con el sino
 de estar bajo la tierra, desterrado.

Cuando escribí mi novela sobre el exilio español en México, intitulada *Ya sabes mi paradero*, si me permiten la autorreferencia, tomé a pie juntillas, tras releerlo una y otra vez, lo que el doctor Sánchez

¹ En la revista *Claves de Razón Práctica*, núm. 101, Madrid, abril de 2000.

² José Gaos, “Confesiones de un transterrado”, en Cooperación de amigos de la Institución Libre de Enseñanza del Instituto-Escuela y de la Residencia de Estudiantes de Madrid. Grupo de México, 1963. Citado por Adolfo Sánchez Vázquez, “Del destierro al transtierro”, en *Claves de Razón Práctica*, *op. cit.*

Vázquez entiende como dos diferentes fases del exilio. Una muy larga y nostálgica que es la del destierro: “lo que el desterrado valora no es lo hallado, sino lo perdido; no es el presente, sino el pasado que vivió y que ahora reaparece en sus sueños hecho futuro”.⁴

Otra fase es cuando ya se han echado raíces tan profundas en el país del exilio, que el destierro efectivamente se convierte en transtierro. En mi novela los hijos mayores de los protagonistas experimentan una desazón constante, una falta de identidad que el padre transmuta en una educación política “mexicana” para el hijo menor. En tanto que en la trama de mi libro el desenlace ocurre en 1976, cuando México reanuda relaciones diplomáticas con España, la única España posible para los personajes es la del pasado. Así le ocurrió a mi padre que nunca volvió a su país porque murió en 1971. Sin embargo, mi madre viajó varias veces a la península y cuando tramitaba su pensión de viudedad, otorgada por el gobierno de la transición, acudía todos los días a las Galerías Preciado, a las doce en punto del día, porque se tocaba música mexicana. Es decir, era ya una transterrada legítima.

De esta mudanza del exiliado expone el doctor Sánchez Vázquez lo siguiente:

El exiliado se ha quedado sin tierra, sin su propia tierra, porque se vio forzado a abandonarla. Es sencillamente un desterrado. Y lo es porque su exilio no es un trans-tierra o el trasplante de una tierra a otra, que vendría a ser simplemente la prolongación o el rescate de la que ha perdido. No es, por tanto, un trans-terrado. Ciertamente, el exiliado no se encuentra como en su tierra en la nueva que lo acoge. Ésta sólo será su tierra, y lo será con el tiempo, no como un don con el que se encuentra a su llegada, sino en la medida en que comparte las esperanzas y los sufrimientos de sus habitantes.⁵

Aquí se encuentra el *quid* del asunto. En el momento en que el refugiado interviene en cuerpo y alma en las cuitas del país que lo ha acogido, deja de ser un refugiado, un desterrado, y se acopla, como sujeto histórico, al momento que le toca vivir y al sitio donde está.

Es decir, que Adolfo Sánchez Vázquez es hoy un transterrado, que va y viene de España varias veces al año. Es decir, su concepción de

aquel país es el de hoy y no el de la nostalgia. Reparo ahora en la portada de un libro por demás importante para la filosofía contemporánea en México, intitulado *De la estética de la recepción a una estética de la participación*, recién publicado este 2005 por la UNAM a través de la Facultad de Filosofía y Letras. Se trata de otra fotografía de Adolfo Sánchez Vázquez, la que se ha empleado para el cartel de este homenaje. Han pasado los años por la fisonomía del que es hoy un reconocido filósofo en ambas orillas del Atlántico. Se peina igual que a los veintitrés años de edad. Su mirada es otra, a pesar de la miopía. Contempla al mundo y sabe dónde se encuentra parado. Abrazado a un legajo, con la boca abierta, los ojos y los labios, todavía colmados, se compaginan en una misma acción.